



Había empezado un nuevo curso, 1º de Bachillerato de Artes Plásticas justo en el año 2000 y en un nuevo centro, la Escuela de Artes, alejado de todos mis antiguos compañeros que me hacían la vida imposible. El edificio era grande, espacioso, e iluminado por unos grandes ventanales. Había tenido mucha suerte de coincidir con unos compañeros perfectos, unas clases perfectas y unos profesores perfectos, sobre todo el de volumen, un hombre muy alto, corpulento y barbudo que tenía siempre un muy buen humor y nos hacía reír a carcajadas en las clases. Recuerdo que una vez todos empezamos a traer la arcilla, el profesor nos enseñó a moldearla y a amasarla, y que luego cogía un mazo y la aporreaba como un poseso. Nos decía que debíamos hacerlo con fuerza, pasión, ganas y como si estuviéramos pegándole a alguien a quien odiáramos. Reíamos sus bromas.

En los patios mis amigos y yo salíamos a dar vueltas por los alrededores o paseábamos por los pasillos del centro viendo las orlas de años anteriores o los cuadros que los alumnos hacían. Durante una clase de volumen me acuerdo de que el profesor entraba y salía sin parar de un almacén que había al fondo de la clase y se oían algunos golpes secos. A nosotros no nos dejaba entrar; nos decía que allí dentro no había más que polvo y telarañas entre trabajos viejos de otros años. Pero a nosotros nos llamaba la atención aquel sitio. ¿Qué habría allí dentro? Queríamos saberlo. Así que, al día siguiente nos escabullimos hasta el aula de volumen que, si bien no era nada siniestra, en aquel momento parecía mucho más lúgubre de lo que nos pudimos imaginar: solo había una luz encendida, la de emergencia, junto a la puerta y las cortinas estaban totalmente corridas. No se oía nada en el pasillo, solo el eco de nuestras respiraciones ahogadas. Entramos. Íbamos haciendo bromas sobre qué podría tener allí el profesor, tratando de calmar los nervios. Caminamos durante unos segundos, pero nos percatamos de que con los pasos que habíamos dado ya deberíamos estar allí. Palpamos casi a oscuras la pared intentando encontrar la puerta, pero no tocamos ni el marco. Nos empezamos a inquietar mucho y decidimos dar media vuelta y salir corriendo, pero al girar nos dimos de bruces contra algo muy duro y frío. Eran los modelos de yeso y escayola que había en el aula, pero no recordamos que estuvieran ahí cuando entramos. Entonces oímos una voz cavernosa y reseca. Creíamos que era una risa, que alguien nos estaba gastando una broma, pero no, eran llantos y lamentos. Sonaban por todas partes con un eco ensordecedor, y finalmente, nos dimos cuenta de que eran las estatuas las que gemían tanto. No lo podíamos creer, no entendíamos nada y estábamos muy asustados. Noté un soplo en la nuca, y me di la vuelta, sin ver, claramente, a nadie, y después un grito familiar: era una de mis amigas. La llamamos desesperadamente, pero no respondía. Mi compañero, que llevaba siempre una cajita de cerillas, prendió una e iluminó muy pobremente la sala. Al fin les vimos las caras a las estatuas, pero nos sorprendió que nos resultaran tan familiares; de hecho, al vérselas, recordé las orlas de los pasillos, y distinguí las caras de antiguos alumnos del centro. No podía ser una coincidencia. Nos giramos súbitamente: ahí estaba el hombre de las estatuas con nuestra amiga entre sus brazos, no sabíamos si desmayada, dormida o incluso muerta. Alargó el brazo para agarrarnos a alguno, pero salimos corriendo, evitando las estatuas. Salimos pálidos del centro, como fantasmas. No volvimos a su clase, de hecho, no volvimos al centro, y tampoco volvimos a ver a nuestra amiga.

Nadie nos creyó cuando les contamos lo que habíamos visto, pero accedieron a cambiarnos de instituto con tal de contentarnos. Nadie quería aceptar que había un hombre en una escuela que convertía a adolescentes en estatuas y que las manipulaba a su antojo. Al menos, llegó a mis oídos que ese hombre ya no sigue trabajando allí. Pero ¿quién me puede garantizar que, como apasionado de su trabajo, no volverá a por aquellos que se escaparon?

2º Premio del I Concurso Literario Relatos Cortos de Terror / Short Horror Stories 2022 es para el relato de "Olimpo Dorado" de Carolina Hernández Cano, de 1º de Bachillerato D.